



Impresionante pesadilla

(14 de julio de 1957)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2586

DOMINGO 29 DE MARZO DE 2020



ESCRIBEN: Angélica Mercado, Miguel León, Eréndira Cortés, Yunuén Cuevas, Azul Sevilla, Roberto Arena, Magda Escareño, Gabriel Araico, Victoria Angulo, Jesús Medina y Carlos Caco Ceballos.

Me quedo en casa

Ágora

¿Cuántas veces no añoramos estar en casa para el descanso, para convivir con la familia, para disfrutar de una película, para leer esos libros pendientes, para escribir, pintar, escuchar música? ¡Hoy es tiempo para hacerlo!, quienes tienen esta maravillosa oportunidad de quedarse en casa, ¡háganlo! Por el bien de ustedes mismos, de sus seres queridos y del resto de la población.

Ante la contingencia sanitaria ocasionada por la pandemia del Covid-19, las instituciones culturales del estado y del país han dispuesto de una amplia oferta para aprovechar el tiempo desde el hogar en una forma recreativa y artística, a través de la tecnología con un serie de programas y cápsulas en línea, desde visitas virtuales a museos, lecturas de diversos autores y presentaciones musicales, de danza y teatro, entre otras que invitan a la creatividad.

La Secretaría de Cultura de Colima, en su página de Facebook, nos ofrece en una serie de videos breves con *poesía colimense a domicilio*, donde poetas como Miguel Govea, Krishna Naranjo, Armando Polanco, nos leen sus propios versos o los de otros autores; música de guitarra acústica con el maestro Sergio Fuentes, o conciertos para niños con Radio Gorila; visitas virtuales al acervo digitalizado del Fondo Gregorio Torres Quintero, en el sitio web del Archivo Histórico del Estado de Colima; cortometrajes, lecturas recomendadas, pero también convocatorias de pintura y escritura locales, así como nacionales como *contigo en la distancia*.

A su vez, la Secretaría de Cultura Federal promueve pequeñas cápsulas en video relacionadas con la creación y contenidos de las instituciones emblemáticas como el Cenediap, la Esmeralda, el Conservatorio Nacional de Música, las Escuelas de Iniciación Artística, entre otras, dirigidos a un público heterogéneo, no sólo para artistas, pues la información tiene un enfoque básico y breve que debemos conocer como cultura general.

La máxima Casa de Estudios, la UNAM, a través de su página cultura.unam.mx (en el apartado Cultura UNAM en casa) nos ofrece una vasta gama de actividades sin tener que salir de casa: cine, teatro, música, literatura, conferencias, entre otras. Así como decenas de libros en su librería virtual para descargarlos de manera gratuita. El Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL) presenta también una oferta en línea interesante (inba.gob.mx), como “recorridos virtuales, entrevistas con artistas, material educativo e información sobre obras emblemáticas expuestas en sus recintos”.

Hay entretenimiento y recreación más allá de Netflix. Sólo hay que ingresar a estas otras opciones de la web que nos brindan diferentes alternativas. Si prefiere apreciar las artes en directo, tome alguno de esos libros empolvados de su librero; archive sus fotografías antiguas como nos recomienda Angélica Mercado en esta edición de *Ágora*; relea nuestras ediciones y colaboradores, escriba, pinte, cante, baile. La vida sigue latente y el mundo continúa.

Las instituciones culturales del estado y del país han dispuesto de una amplia oferta para aprovechar el tiempo desde el hogar en una forma recreativa y artística, a través de la tecnología con un serie de programas y cápsulas en línea, desde visitas virtuales a museos, lecturas de diversos autores y presentaciones musicales, de danza y teatro, entre otras que invitan a la creatividad.



Imágenes de algunos videos que presenta la Secretaría de Cultura en su página de Facebook: Un cortometraje sobre un globero; lectura de poemas de Miguel León, Sugey Navarro y Krishna Naranjo, así como una interpretación del guitarrista Sergio Fuentes.

Este es el tiempo

Miguel Ángel León Govea

La necesidad de un abrazo es una casa.
Donde hay silencio
celebramos el nacimiento de las palabras.
Donde hay palabras podemos esperar,
esperar es mantener la esperanza,
juntos aprender el valor de una ventana.

Este es el tiempo de la casa,
de tejernos los unos a los otros
esperando el retorno de la calma.

Cuando en los parques y en los puentes
vuelvan a pronunciarse nuestros pasos
habrán cambiado las fronteras,
y habremos entendido
el verdadero significado
de pertenecer a la tierra.

Este es el tiempo
de pronunciar sólo las exactas palabras,
aquellas que edifiquen el manantial
del que habremos de beber
en las próximas sequías.
Porque estamos aprendiendo
que un desierto
es también sinónimo de vida.

Este es el tiempo humano,
nuestro reloj nos marca
que es hora de un abrazo,

que es el tiempo
de volver a casa

Hasta los tímpanos

Asientos vacíos

Eréndira Cortés



Las localidades estaban agotadas. Más de mil personas habían adquirido su boleto meses atrás con la ilusión de la vez primera o no primera vez. Sus agendas e itinerarios tenían marcada la fecha, con antelación reservaron boletos de autobús, de avión, o los litros de gasolina que los llevarían al punto exacto. Algunos incluso ya contaban con su atuendo.

El teatro estaba preparado para la ocasión, las butacas listas para albergar traseros que más temprano que tarde se levantarían, porque un concierto de ese tipo no es para estar sentado. El recinto iba a ser invadido, como en otras ocasiones, por miles de desconocidos que durante más de una hora se tocarían de alguna manera, con el cuerpo, con los ojos, con la voz.

Pero no en esta ocasión, así se dispuso horas antes. Tantas veces habíamos repetido *no tengo tiempo*, hasta que descubrimos que era posible detenerlo, o más bien, detenernos a nosotros mismos, posponerlo todo hasta nuevo aviso. Era necesario, un cachito de consciencia en cada persona lo venía pidiendo hace rato: a nuestro hogar le urgía ponerse en pausa.

Cuando era niña lo intentaba mientras desayunaba cereal a las seis de la mañana, miraba las luces de la sala y me quedaba inmóvil, con la cuchara en la mano, contemplando lo demás seguir su curso, la luz concentrada en el hilito del foco crecía y se iba refractando hasta que de pronto no había nada más.

Por fin, después de tantas décadas, pausábamos las ciudades quedándonos en casa y no era por un mito, una guerra o un siniestro. Fue difícil hacerse a la idea, soltar la terquedad de que las cosas sucedan; no obstante, algo ahí dentro de nosotros nos decía que así tenía que ser.

Pese a ello, el encierro no fue impedimento. Pun-

tuales llegaron los involucrados para adaptar el terreno, habían modificado la vista hacia el fondo del escenario, para que la cámara captara también los asientos intactos, el silencio, el vacío. Dicen que el arte no puede ser por sí solo, pero cuando encuentra el medio, no le importa si el receptor está detrás de una pantalla, al fin de cuentas el mensaje sigue fluyendo.

A las ocho en punto se abrió el telón. Cuando entró el intérprete cada paso y cada roce hicieron eco. Las primeras notas, de un volumen apenas mínimo, se expandieron veloces hasta rebotar en los muros. Su saludo se extendió a todo el planeta, porque sabía que en casas de diversos rumbos había gente mirándolo a los ojos, aunque él no les pudiera ver. Desde una computadora, un televisor o hasta el celular, con o sin auriculares, lo sintonizaban y sin darse cuenta se teletransportaban allí.

No había el fervor, la adrenalina que provoca el tumulto; sin embargo, su canto entraba por los poros y enchinaba la piel. Entre una canción y otra quedaba un toque de soledad por la ausencia de las palmadas al unísono, pero a cambio se podía escuchar con precisión su nacimiento y muerte.

La música ya se había ausentado décadas antes por 4 minutos 33 segundos, para que la moldeara el ruido de los escuchas; esta vez su ausencia física, la de sus aplausos, sus gritos, chiflidos y toda su vibra, le dieron a la música otra dimensión. Si bien al músico le hizo falta el cariño de su público, pudo sentir otro tipo de afecto al saber que miles estaban viviendo al mismo tiempo ese instante y miles más lo harían después.

Nunca será lo mismo un contacto directo a uno virtual, aun así pienso que aquella noche, a nivel global, comprendimos de otra forma el concepto de estar conectados.

Si bien al músico le Shizo falta el cariño de su público, pudo sentir otro tipo de afecto al saber que miles estaban viviendo al mismo tiempo ese instante y miles más lo harían después.



Supermercado

Azul Sevilla



Aún tenía los ojos cerrados, no pretendía levantarme temprano. Esta cuarentena forzada ya me causa náuseas. Al principio hasta me reí de la situación, porque tendría tiempo para terminar de ver mis series favoritas o leer los dos libros que había dejado en el buró por falta de tiempo. Estar todo el tiempo en el mismo lugar y no poder ver a mis amigos, compañeros de trabajo o a ella... nunca pensé que los extrañaría.

Ya pasaban las 11 del día, cuando llegó un mensaje por WhatsApp. Lo abrí. "Te veo en la sección de papel higiénico, a las 12". Tenía menos de media hora para llegar al supermercado y la única excusa, por si me apañaba un uniformado, era que me dirigía a la tienda a comprar víveres. El gobierno ya había decretado Estado de Emergencia y los elementos de la Policía podían detenerme si no los convencía mi argumento.

Así que me levanté y me cambié. Antes de salir, me puse gel antibacterial en las manos y me coloqué el tapabocas. Me dirigí a pie, el supermercado está a seis cuerdas de mi casa. Casi al arribar, me llegó otro mensaje. "Estoy en el pasillo. No tardes". Me dirigí veloz, casi corriendo.

Cuando la tuve frente a mí, me sentí tan bobo por lo que estábamos haciendo; sin embargo, a medida que me aproximaba, me enternecí. -Tonto, ite he extrañado un montón! -me dijo mientras tomaba un paquete de papel. -También te quiero mucho -respondí mientras hacía la propio con otro bulto de rollos.

Paseamos a más de un metro y medio de distancia uno del otro por las secciones de la tienda, mirándonos o riendo mientras llegábamos a cajas. Lo difícil fue aguantar la despedida, pero quedar en el supermercado era la única manera de vernos nuevamente.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Impresionante pesadilla

Don Manuel Sánchez Silva

(14 de julio de 1957)

Vive aún en Guadalajara, sobrellevando con humorística resignación los achaques de su avanzada edad, don Pablo Silva, tío carnal del autor de estas líneas.

De origen colimense, don Pablo fue miembro de una numerosa familia que a falta de recursos económicos, no heredados ni conquistados, tuvo el buen gusto de cultivar las viejas virtudes provincianas propias de la Colonia. Sus mujeres fueron hacendosas y honestas, y los hombres caballerosos y responsables.

Como ocurre en todas las descendencias prolíficas, la casa de los Silva fue pródiga en incidentes de toda índole, suscitados por la diferencia de los caracteres y las naturales contradicciones de la vida en común. Con excepción de Porfiria, que ganó fraternal fama de ser desesperadamente económica y extraordinariamente inoportuna, los demás hermanos y hermanas coincidieron en un común denominador formado de imprevisión, simpatía personal, inclinación a las bellas artes y admirable vocación para interpretarlas. Gustaban de improvisar tertulias domésticas, en el transcurso de las cuales se recitaban versos y se entonaban canciones, dentro de esa sencillez de la antigua existencia colimense en que una visita constituía la mejor de las diversiones y un telegrama un verdadero acontecimiento.

En cierta ocasión, allá a principios del siglo, don Pablo radicaba en Coquimatlán dedicado al comercio de abarrotes, y para surtir su establecimiento vino a esta ciudad, alojándose en la casa paterna, compartiendo la pieza de Porfiria su hermana, que a regañadientes consintió en ello.

Por aquel tiempo el uso del mosquitero o pabellón era obligatorio en todas partes, a fin de protegerse de los zancudos, que pululaban en constante amenaza de inoculación palúdica, y era también costumbre que antes de dormirse, y ya estando las gentes encerradas en sus amplios forros de nanzú, eliminaran los insectos que habían quedado dentro, achicharrándolos, con la llama de una vela que peligrosamente acercaban a cada mosco hasta quemarlo.

La noche en que llegó, don Pablo se recogió temprano por sentirse cansado del viaje a caballo, y para desentumir sus envarados miembros se dio unas “friegas” de alcohol con ruda. Porfiria se acostó después durmiéndose en seguida, cosa que su

hermano envidió sin poder hacer lo mismo en virtud del molesto zumbido de cuatro o cinco zancudos que, habiendo quedado dentro del pabellón, le ahuyentaban el sueño.

Porfiria, que era propensa a las pesadillas, soñó que descendía al infierno y que unos diablos, feroces e implacables, la arrastraban con sus manos incandescentes hacia una hoguera. Despertó sobresaltada, aterrorizándose al advertir que, efectivamente, en la oscuridad del cuarto unas manos llameantes se abrían y cerraban, despidiendo azulescas flamas.

Ante el impresionante espectáculo, que armonizaba con la pesadilla sufrida, la empavorecida mujer comenzó a lanzar gritos histéricos y a invocar a toda la corte del cielo: “¡Jesús, María y José! ¡Sombra de San Pedro, cúbreme! ¡Sangre de Cristo, sálvame!...”. Y su espanto llegó al paroxismo cuando de pronto vio levantarse una gran llamarada, a cuya luz pudo reconocer a su hermano Pablo que saltaba de su cama entre las ruinas fulgurantes de su pabellón, como condenado a muerte que se escapa de la pira.

Lo que pasaba era que Pablo, desesperado por los zancudos, resolvió exterminarlos recurriendo al fuego. Prendió su vela de cebo con tal propósito, pero como tenía las manos aún húmedas de las friegas alcohólicas, la llama se las incendió, por lo que, asustado, intentó dominar el fuego mediante el procedimiento de golpearse una mano contra la otra, en los precisos momentos en que despertó Porfiria y creyó que realmente se encontraba en el infierno.

En la violencia de movimientos, impuesta por la situación, don Pablo se acercó tanto al mosquetero que la tenue tela también empezó a arder, dándole la puntilla a la razón ya extraviada de la infeliz Porfiria, que sinceramente se consideró en poder de Satanás.

Por supuesto que todo lo anteriormente relatado duró apenas unos cuantos minutos, y las consecuencias no pasaron de ligeras quemaduras en las manos de don Pablo. A los gritos de la hermana acudieron los demás familiares, se aclararon las cosas y el incidente culminó en guasa, de la que no participó Porfiria, a quien por dos o tres días fue necesario servirle infusión de limoncitos tiernos en ayunas para “recogerle la bilis”.

* Periodista, escritor y fundador de *Diario de Colima*. †



Porfiria soñó que descendía al infierno y que unos diablos, feroces e implacables, la arrastraban con sus manos incandescentes hacia una hoguera. Despertó sobresaltada, aterrorizándose al advertir que, efectivamente, en la oscuridad del cuarto unas manos llameantes se abrían y cerraban.

Imagen: Fragmento de *El hombre en llamas*, mural de José Clemente Orozco.



Reencuentros

Yunuén Cuevas

Volveremos a abrazarnos, fue lo último que se escuchó en la bocina del auricular. La sala era cómoda, cálida, con ese tapiz que siempre desearon y la lámpara que tanto buscaron en internet. La ventana tenía esa vista directo a aquel árbol que año con año formaba una alfombra amarilla como sombra.

Todos los jueves a las 7 de la tarde, justo cuando el atardecer se atrevía a aparecer por el marco de esa ventana, sonaba el teléfono. La conversación comenzaba con un “Hola, qué tal...” y fluía. A las 8pm, justo cuando la noche llegaba a la ciudad, comenzaba la despedida. Antes de que el auricular dejara de sonar, se podía escuchar: la siguiente semana, volveremos a abrazarnos.

Inquietud

Roberto Arena

Un extraño silencio reemplaza los ruidos de nuestra vida diaria, el camino tan vacío e inquietante y este mundo que vive en soledad, con la vida suspendida entre miedo y esperanza.

Sólo hay sueños para escapar, o la melancolía de los recuerdos, pensar lo que somos y lo que fuimos...

Y nosotros que habíamos dejado de lado la bondad para hacer espacio en nuestras vidas para el odio, ahora que sentimos la necesidad de un abrazo nos vemos obligados a cambiar de acera cada vez que alguien viene a nuestro encuentro.

Y entonces redescubrimos algunas palabras escondidas durante mucho tiempo en los cajones remotos de la memoria, “humanidad” suena bien, no es difícil de pronunciar, nostalgia por los tiempos en que era de uso común, cuando “yo” era “nosotros” y todo brillaba con otra luz.

Ahora te das cuenta de que la felicidad no existe en un mundo de soledad, que otros son indispensables para ser felices. Tal vez estás creciendo... hombre.

“Recordar es volver a vivir”

Angélica Mercado A.

A certadísimo *slogan* del momento Kodak, aquél cuando se invitaba a consumir fotografías impresas para almacenarlas y asegurar la permanencia de la memoria. Casi todos coleccionamos fotografías, atesoramos nuestra historia personal y la compartimos con otros con un entusiasmo peculiar, sobre todo quien abre la cajita guardada en el ropero, la sacude con un soplo y se dispone a recordar, los demás tal vez solo suspiran pacientes. Cada fotografía impresa es una superficie de papel y plata cargada de información, de datos relevantes tanto para la memoria colectiva como para la personal; el aspecto sentimental que provocan las fotografías en tanto recuerdo tangible es único y el valor como documento histórico es más valioso de lo que se cree.

Una vez que la cámara se convirtió en herramienta indispensable para todo ser moderno interesado en registrar su vida, la furia por la novedad ha llevado a las marcas de cámaras a diminutos mecanismos enfocados a la inmediatez. Hace tan solo veinte años debías esperar a revelar la película para ver tus fotografías, imprimirlas y hasta enmarcarlas, se cargaba un estuche especial con todo el equipo y material, ahora el celular es suficiente para muchos y las fotografías impresas son reservadas para ocasiones muy especiales.

Ya casi no se materializan recuerdos, aun así, son muchos los hogares que cuentan con retratos familiares estratégicamente colocados en la sala, en la recámara o hasta en el refrigerador, todo depende de cuándo quieras ver a los ausentes o visitar lugares entrañables. La fotografía posee la maravillosa cualidad de otorgar presencia, nos brinda la oportunidad de hablar con nuestros ancestros, de besar a quien no está o bien, de desquitarte con aquella pareja que ya no quieres ver. Desde su invención, la fotografía nos ha regalado un diario de imágenes que aseguran nuestra existencia y permanencia en la memoria de otros.

Así conocieron mis hijos a sus abuelos. Vivíamos lejos de ellos, por lo que solo les hablábamos ocasionalmente y pocas veces los visitábamos. Decidí presentarles a mis papás con fotografías que les representaran, por un lado, por mi fascinación hacia la magia e importancia del retrato fotográfico y por otro lado, porque era la oportunidad ideal para narrar anécdotas que los describieran, de contar su historia, a partir solo de una fotografía. Y cuando lo hice, volví a vivir.

Recordé cuando mi papá me compartió su autorretrato, me platicó cómo lo hizo, qué escuchaba mientras y cómo se sintió cuando por fin lo reveló. Era un aficionado en secreto, así que esta fotografía era un trofeo viviente para él. Por su parte, mi mamá revoloteaba cada vez que me contaba la historia de cómo el fotógrafo Antonio Álvarez, de Foto Estudio Jalisco (que en aquel entonces se ubicaba en la esquina de la calle Reforma), la siguió por los portales para pedirle que posara para él. Ella iba vestida de española porque se presentaría a bailar flamenco en el teatro Hidalgo y con la energía que la distingue, le dijo que sí. Ese retrato estuvo colgado, en gran formato y con un elegante marco, en el estudio durante casi 40 años, y durante casi 10 de esos,



Carmen Anzaldo, Foto Estudio Jalisco, 1972

Mi mamá revoloteaba cada vez que me contaba la historia de cómo el fotógrafo Antonio Álvarez, de Foto Estudio Jalisco, la siguió por los portales para pedirle que posara para él. Ella iba vestida de española porque se presentaría a bailar flamenco en el teatro Hidalgo y con la energía que la distingue, le dijo que sí. Ese retrato estuvo colgado, en gran formato y con un elegante marco, en el estudio durante casi 40 años.



Autorretrato de Agustín Mercado, 1967

sonaba el claxon cada que pasábamos por ahí; cada que lo veo, sonrío.

Gracias a la fotografía podemos viajar a rincones de la memoria, nos concede pistas sobre la historia familiar, no es solo un sucedáneo de la realidad, sino un documento en sí mismo, una huella de las sociedades. Tal vez creas que un retrato de tu abuelo es valioso solo para tu familia, además de ser testigo de tu linaje, es parte de nuestro saber histórico. La vestimenta, la pose, el lugar, todo genera información relevante y no se limita a lo fotografiado, es el medio *per se* y el material o procesos lo que descifra misterios y contextualiza los datos. Toda imagen necesita un discurso alrededor para ser comprendida de forma integral, y a medida que registres estos datos en tu archivo fotográfico familiar se enriquecerá la historia visual local.

Seguramente en estos días ya esculcaste toda tu casa y has encontrado esas fotos guardadas, ¿qué tal si las catalogas para ser archivadas y se conserven mejor? Lejos de escribir un manual de procedimientos, pretendo compartir algunos consejos que contribuirán a la conservación de tus valiosas fotografías en sencillos pasos:

Prepárate. Desde que abres la caja o el álbum, necesitarás cubrir tu nariz y boca, dado que los cubrebocas escasean, puedes usar un paliacate o similar. Las fotografías impresas y negativos que han sido guardados, sobre todo en cajas de cartón, despiden gases tóxicos que pueden afectar tu salud, tanto al respirarlos como tocarlos. Usa guantes de algodón (como los de las quinceañeras) de preferencia para manipular el material, no uses látex ni plástico. Una vez que estés protegido, sacude cada una con una brocha nueva de cerda suave, realiza movimientos en línea recta y hacia un mismo lado.

Identifica y separa. A cada proceso fotográfico (material) le corresponde un método de conservación, lo más sencillo es separar papel de negativos y color de blanco y negro. Las emulsiones (solución fotosensible aplicada en el papel o negativo) más comunes son de plata suspendida en gelatina, y en el caso de color, acopladores de color; separarlas es necesario para una buena conservación. Por ejemplo las fotos instantáneas (como mi retrato de niña) se deterioran fácilmente si son expuestas al sol, en cambio, el papel blanco y negro de fibra como el retrato de mi mamá, se mantiene en buenas condiciones por su grosor y calidad.

Cataloga. Ejercita tu memoria y recuerda datos básicos sobre las fotografías y escríbelos en un papel libre de ácido con lápiz de grafito que después puedes colocar dentro de la caja. *No escribas sobre la fotografía* y menos con pluma o plumón, el ácido contenido en éstos arruinarán tu fotografía. La información más importante es:

Quién (tanto el retratado como el autor de la fotografía o Foto Estudio). En caso de fotografías grupales, los nombres se escriben en orden de izquierda a derecha, primero los de pie y después los sentados. Dónde (entre más específico mejor), cuándo (año aproximado). Puedes complementar con un breve contexto (por qué, cómo, anécdotas).

Archiva. Entre más deteriorada esté la fotografía más delicado debe ser su manejo. Si identificas hoyos perfectamente redondos y pequeños, significa que sufrió ataque biológico y debe ser aislada en otra caja ya que el bicho puede contagiar a las demás fotografías. Existen muchos tipos de deterioro y cada uno debe ser tratado diferente, sin embargo, me remito al ataque biológico por ser el más urgente de tratar. Recorta pedazos de papel de algodón (puede ser cartulina Bristol) de tamaño sobrado al de la foto para que sirvan de guardas, al menos para separar una foto de otra. Forra por dentro con papel aluminio una caja de plástico (libre de ácido) o de cartón (evita este material para archivar ya que guarda humedad) y coloca las fotografías con su respectivo

Embrionario

Magda Escareño

ABRAZADERAS:

III Astilla ocular:

Duele hasta turbar el equilibrio. Plastica la piel como un envoltorio para regalo. Una astilla, aguja o inyección... que penetra hasta internarse en el lugar común, donde los sucesos permanecen siempre igual. Paralíticas esculturas que moviéndose no mueven lo que trasciende, lo que transforma, lo que da forma y fondo...

¡Alegría!

Deténgala en fotos.....

Exija calidad **Kolormatic**



Angélica Mercad, Polaroid, 1973

papel de catalogación dentro de la caja y guarda en un lugar seco y oscuro.

Conserva. Irónicamente lo que crea una fotografía la destruye, la luz. Debemos aislar el material fotográfico de la luz solar o artificial y la humedad, el papel aluminio ayudará en esa parte. Evita cambios de temperatura bruscos. Cuando quieras compartirlas con alguien, asegúrate de tocar el material con guantes, la grasa de la piel las deteriora, si esto resulta inevitable, trata de limpiarlas superficialmente con un trapo de algodón limpio y seco antes de regresarlas a la caja. Si tienes material deteriorado que desees rescatar, lo ideal es alejarlo de la luz inmediatamente y digitalizarlo, la restauración especializada representa un alto costo. Evita álbumes de hojas con pegamento o similares, todo plástico contiene ácidos que aceleran el deterioro, existen álbumes para la conservación y aunque son más costosos que otros comerciales, valen cada peso. Cuando se trata de proteger tesoros nada es excesivo.

Consulta esta página, cuentan con servicio de envío: www.edmarcopolo.com

Hay mucho que podemos hacer para conservar nuestros recuerdos, por lo pronto, a desempolvar la memoria y a ordenar lo que tenemos al alcance para seguir compartiendo seguros desde casa. Es un buen momento para revalorizar la importancia de la fotografía como documento histórico, para contar historias a la familia o amigos y recordar, volver a vivir gracias a la fotografía.

Éxodo

León Mendoza

Nadie podía detener las horas
El tiempo nos mostraba que sólo somos algas
en el fondo del mar
Todo empezó un día
cuando la primavera no llegó
Con un sol rojo
nos guió a donde termina el camino de Quetzalcoatl
bajo una luna clara y cubierta de estrellas
Nunca nos mostró sus lágrimas
pero sí nos dio permiso de llegar a su tierra

Ajedrez...

Victoria Angulo

Tablero de ajedrez
es el mundo loco,
un espejo al revés.

Una reina que inició la guerra
dejando caer su sutil corona,
ocultando el secreto que encierra
jaque a la economía que ya se desploma.

La reina comunista
caminó entre cuadros,
con pasos sigilosos
entre los mercados.

Derribando torres,
conquistando alfiles
matando caballos.

Entre movimientos firmes
dentro de este eterno juego,
donde siempre esta presente
la idea de ganar poder y dinero.

Avanza así, la guerra silenciosa,
dejó de vivir en una mazmorra.
Invisible vuela por todo el planeta,
ahora está vacía la caja de Pandora.

Y en el infinito juego de ajedrez
el capitalista y su consumismo
tambalea el tablero en un dos por tres.

Así el comunista con su autoritarismo
acalla los peones de acento burgués.

El gran ojo cósmico
desde la eternidad observa
que nadie gana el juego,
porque están dormidos.

Y quizá mañana, en el despertar,
la Reina y el Rey se unan en paz.

Y así terminé la partida
sin jaque mate,
sin un cruel final.

Un remedio platicado

J. Jesús Medina Vargas

No hay como la naturaleza para aliviarnos de cualquier dolor o malestar y hacernos más llevadera la vida. Tan sabia para enseñarnos como el mejor maestro. Su legado nos mantiene vivos y sanos en cualquier lugar, por ello debemos tomarla de la mano y encaminar nuestros pasos a su lado. La cara amable de la tradición oral nos lleva a un recuento del acervo de la medicina en el medio rural en la voz y experiencia de un mejor amigo que comparte sus costumbres y remedios.

Fueron lecciones gratuitas de herbolaria y otras cosas, memoria de la plática cotidiana entre amigos, entre sorbos de café, de tragos amargos de una cerveza o simplemente de un vaso de agua pura, la mejor medicina para nuestro cuerpo.

Sobra decirlo, le gusta compartir el mejor legado de la naturaleza: la salud, con en el uso de las yerbas o la práctica diaria para prevenir accidentes o evitarnos el encuentro con algún bicho dañino; acometimos por lo tanto la tarea de llevar en estas páginas, la gracia e ingenuidad del verbo en la expresión llana de Enrique, nuestro anfitrión, en su experiencia de recetar con su plática una sonrisa arrancada espontáneamente en cada comentario con entusiasmo y seriedad.

Fuera de la ciudad, la primera impresión a la vista es el verde de los campos, la floresta total en una montaña, un sembradío, un jardín, una huerta, todo un entorno que anima los sentidos. La vida en el campo es lo más sano, nos evita la contaminación visual y auditiva; nuestro primer contacto con el verde de una planta o un árbol es una esperanza que alivia y nos convierte en los primeros defensores de la naturaleza.

Prevenidos de nuestras intenciones, entremos de lleno en materia a sabiendas que la mejor opinión, además del médico, la tiene usted.

Los Guamúchiles*

La costumbre era la reunión en los apacibles atardeceres de un pueblo montado en el cerro de La Cumbre con magnífica vista por un lado a la ciudad de Colima, el serpentear del río El Salado y hacia otro horizonte, el otrora llamado San Miguel, hoy conocido solamente como Tepames.

Con el Vito, Quique y Toño éramos la cuarteta invencible para decir las mejores mentiras e inventar el cuento del día, con una cubeta repleta del sabor dulzón de guamúchiles que íbamos cortando en el camino.

La cara adusta del Vito, como de quien no quiere matar una mosca, nos dice todo de su malestar de un fin de semana lleno de problemas.

—Y ahora tú, qué mosca te picó, le dice entre dientes Toño, tratando de reanimarlo. —Nada, que un coraje entripado me hizo pasar la Veranda, resulta que ya con el registro en la mano para estudiar la carrera de licenciado, mejor quiere casarse, *que'sque* la quieren mantener ya desde *orita*, y hoy no amaneció en la casa.

—Me pasé toda la noche con *deposiciones*, sabes, a veces perdía la puerta del escusado de lo *mariado* que andaba. *Sofi* buscando entre sus amigas si sabían dónde encontrarla a esas horas inoportunas de la noche.

—Tienes razón, mira qué ojeras te cargas. Deja las mujeres y sus problemas, *¡jálate!*, vamos aliviarte, ya verás que el mundo te va a cambiar, esas preocupaciones e idas constantes al baño no volverán aunque todo lo veas al revés.

Terció Quique para Vito, con la preocupación por ver a su amigo en esa situación de apremio. —Mira, esta cura a nadie se la he recomendado, porque yo no receto, yo recomiendo solamente y, si todo sale bien, es que pues lo hicimos bien, nomás. Ya verás, ya verás que tenía razón.

Los cuatro caminantes, atravesamos una larga pitayera entre piedras, huizaches y algún perdido coastecomate, en un potrero que rodea la casita de doña Chana. Hicimos una

pausa antes de tocar la puerta bajo la fronda de un añejo guamúchil, lleno de vainas, algunas verdes todavía y todas las demás de un rojo intenso.

—La frutilla debe estar bien madura, empezó a soltar la lengua Quique, —cortas un tanto como un kilo, separas un puño, quitas las semillas y los machacas, haces una masita con una cucharada de miel virgen, te untas en el estómago y te aguantas así por una hora, bajo la sombra, no te vayas asolear sino no sirve la receta. Si empiezan las moscas o algunas avispietas, nomás las corres. Los guamúchiles que sobran, tienes que comerlos con pausas, pero que no pase de media hora. Tiene que hacer efecto el untado y el comido. Por los olores no te preocupes, puedes ir al escusado, pero te alivia. Ya verás, ya verás. ¡Ah!, otra cosa, los guamúchiles tienen que ser los del árbol que está fuera de la casita de doña Chana y la miel virgen, tú sabes, de la que recogen en el potrero de Lencho, él no la bautiza. Esa y los guamúchiles hacen milagros. Sabes, yo sólo nomás te recomiendo, si no te alivias es que no tuviste fe.

La *fugada* apareció en marzo, nueve meses después de su desaparición, entre los brazos, acurrucado, traía la razón de su cambio intempestivo, *un rato de fiebre* que no pudo controlar.

Esto es serio, los guamúchiles ahorita son caros, son ricos, y como remedio son milagrosos. Para el estómago, el mal aliento, y alguna calentura, además son fáciles de conseguir, ¡ah!, pero tienen que ser del árbol de doña Chana.

**Pithecellobium dulce*. *Aprieta el estómago, cura la diarrea (astringente); recomendado para las indigestiones. Preparado como té o infusión auxiliar en el dolor de dientes o de oídos. Ayuda en la eliminación de los parásitos intestinales y más...*



DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Cosas de médicos

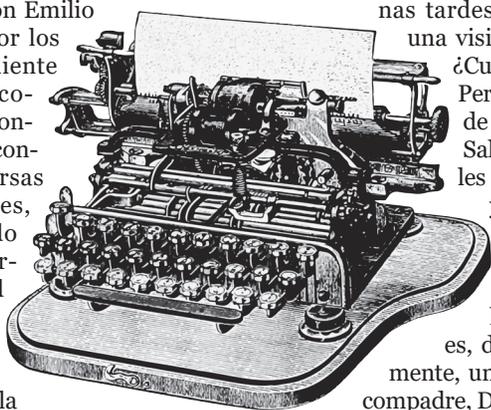
Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 1998. Don Emilio Brun recibió allá por los años diez, de un cliente que tenía en Coalcomán, una extensa carta donde le platicaba que se encontraban padeciendo diversas y molestas enfermedades, y sabiendo de lo atinado que era el Dr. Vidal Fernández y la imposibilidad de trasladarse a Colima, debido a sus dolencias y a sus 91 años, le mandaba todas las explicaciones en la susodicha carta a fin de que con ella consultara al doctor y éste lo recetara y que por favor le remitiera las medicinas y la forma de tomarlas. Don Emilio, tan luego recibió la carta, se encaminó al consultorio del galeno que vivía por Gabino Barreda, donde cerraba la calle con la capilla. Le mostró la carta, éste la leyó, estudió el caso y los síntomas, diciéndole: Don Emilio, para todo esto hay un remedio, menos para la edad, así es que aquí está la carta y estos inocentes polvitos para que se los tome en cada comida; y así, con esos polvitos de azúcar, cumplió el señor de Coalcomán 96 años, siendo el más sorprendido el propio doctor Vidal Fernández, del milagro de los polvitos.

Corría el año de 1925, el Dr. Israel, que por aquellos tiempos tenía su consultorio por la calle Hidalgo, recibió en su oficina una familia de personas ricachonas de un poblado cercano a la ciudad. Eran el señor, la señora y seis chicos entre niños y niñas, tan luego se vinieron frente al médico, le dijeron: Doctor, todos los que

usted ve estamos maleando, unos tienen una cosa y otros nos quejamos de otras, así es que queremos nos recete, comprar "medicina" y largarnos pa'l rancho, y como somos muchos, queremos saber cuánto nos cobrará. Yo cobró un peso por consulta, si ustedes son ocho, serán solamente ocho pesos. No, doctor, como usted ve, seis son chiquillos, comen por mitad de los grandes, duermen de a dos en cada catre, por lo consiguiente usted debe recetarlos en menos tiempo, pues tienen menos dolencias que los grandes. Y así, ante tales argumentos, el doctor cobró solamente cinco pesos por las recetas de toda la familia.

Por el año de 1954, cierta tarde el médico estaba en su consultorio, y en un momento dado se presentaron dos sujetos, tipo ranchero. Bue-



nas tardes, doctor, ¿podiera hacer una visita a domicilio? Cómo no. ¿Cuánto cobra? Cuatro pesos. Pero la queremos ahorita. Desde luego, vamos a mi coche. Salieron, se subieron. Daniel les preguntó por el domicilio y uno de ellos le indicó que era por la salida a Colima. Y por allá se encaminaron. Al llegar a las afueras de la Villa, le dijeron: Aquí es, doctor. Se bajaron rápidamente, uno de ellos le entregó a mi compadre, Daniel Solórzano, los cuatro pesos. Y fue entonces cuándo él preguntó: ¿Y el enfermo? No hay enfermo. Queríamos venir a la corrida, y como no encontramos coches de "sitio", pensamos que usted podría traernos por el mismo precio. Tal así me lo platicó, mi estimado doctor, entre risas y una que otra mentada para los taurófilos.

Por el año de 1961, estaban recién desempacados los buenos amigos doctores Raúl Ochoa y Pepe Quevedo, desempeñando sus primeros empleos en el Hospital Civil de Colima; equis día hubo necesidad de operar a un paciente, otro joven médico era el anestesista, Dr. Granados. Cuando los primeros cortaban, éste atendía los reflejos del enfermo. De pronto, abriéndole el párpado, gritó: ¡Este hombre se nos murió, ya no tiene reflejos! Los cirujanos, sorprendidos, abrieron el párpado y lo confirmaron, de pronto uno de ellos notó cierto movimiento en el pecho, así es que volvieron a checar y fue entonces cuando notaron que el ojo que revisaban era de vidrio. Aquel hombre era tuerto, tenía uno bueno y el otro de cristal.

Estos cuatro casos son verídicos, como lo fueron aquellos, que en otros artículos platicué, sobre el pago de una operación de dos hernias por adelantado y la pintada de un cuarto en el pabellón de Gastón Melo, del Hospital Civil de la Ciudad de México, motivado porque mi papá estaba operado de la próstata y la convalecencia por aquellos tiempos era de muchos días, y no gustándole el color rosado, me recomendó llevara a un pintor, y sin preguntarle a nadie el pintor hizo su faena y así de sencillo se convirtió en el cuarto amarillo el lugar del cuarto No.15 del sanatorio. Y como siempre, para no enfadarlos, aquí le cortamos, deseándoles un feliz fin de semana.

* Empresario, historiador y narrador. +

El diminuto pantalón

Gabriel Araico

Recuerdo las palabras del tío Roberto cuando me decía que le divertía cómo el destino y el universo juegan con nosotros. Tenía tanta razón, aquí estoy de noche camino al bar, acompañado por la niña que me gusta, quien por cierto lleva unos diminutos shorts naranja que resaltan tremendas piernas bronceadas. Debido a la oscuridad aprovecho cada luz roja para que algún auto alumbré el interior y así poder admirarla. Y ella lo sabe porque me ha descubierto desde la primera vez, pero aun así simplemente sonrío de manera extasiante con ese brillo de sus ojos que aumenta con las luces de los autos al pasar. Su cabello es desaliñado en una manera que me invita a sentirlo, pero no me atrevo.

Me platica sobre su día; algo sobre hacer galletas y otras cosas sencillas a las que no logro poner atención por culpa de ese diminuto short. Estoy convencido que sin importar cuál sea nuestro destino, es cuestión de tiempo para que exprese mis sentimientos; por azares del universo estoy aquí con ella y no debo dejar pasar la oportunidad.

Cuando llegamos al bar tuve la fortuna de encontrarme con mi buen amigo, Iván, baterista de la banda que toca en el lugar, y quien me mandó un guiño en señal de saludó mientras se concentraba en su batería y en la canción "La que me gusta"; un *cover* versión acústica de la banda *Los amigos invisibles*. Apenas lo saludé de vuelta, ya que me es difícil apartar la mirada de ella y esa forma de andar entre la gente mientras llegamos a la mesa. Ahí me pierdo por largo tiempo en cada palabra pronunciada sin lograr distinguir la ficción de la realidad, y vaya que sé desconocerla.

Un par de cervezas más tarde y llegado el momento de que la banda descansara, decido llevarla con el grupo para presentarle a mi amigo tan hermosa mujer que me acompaña. Colega artista, sé me comprenderá, ya que antes le había hablado tanto de ella que incluso ofreció escribir algún día una canción sobre esta mujer. La saludó con gusto y le pedí presentarle al resto de la banda mientras yo me voy a responder el llamado de la

naturaleza.

Vuelvo minutos más tarde y lo digo de manera literal, no fueron más de dos o tres minutos que ya extrañaba admirarla, así que me detengo a la distancia, entre la gente para poder apreciar su belleza y esos gestos que me vuelven loco desde hace tiempo como su forma de acariciarse el cabello y su sonrisa tan... ¿coqueta? Sonríe de manera tan coqueta frente al bajista, a quien no reconozco como parte de la banda, así que me apresuro a llegar con ellos.

Cuando al fin llego, luego de cruzar un mar de gente, Iván me presenta al bajista y me explica que es el nuevo integrante de la banda. Me saluda con gusto y comienza a relatarme la infancia tan apegada que habían tenido él y ella, haciendo énfasis en cuánto se gustaban durante la adolescencia, ambos riendo sobre ese tema. Ese antes hermoso cabello desaliñado se había convertido en una herramienta para jalarle el cabello, pero ahora con tanta cosa de las mujeres... mejor quedo escuchándolos, sintiéndome poco a poco tan apartado de su plática y sobre todo de ella conforme recuerdan juntos sus anécdotas de antaño, así que con paso lento me voy alejando hasta volver a la mesa donde quedo esta vez acompañado únicamente por mi cerveza. Y mientras ellos platican con alegría, la veo triste a lo lejos descubriendo que ni siquiera notó mi ausencia.

Termino aquella bebida, pago la cuenta y me dirijo a la salida. Iván se da cuenta de mi partida y me hace una señal de arrepentimiento, respondo con una de despedida y salgo del lugar caminando por la avenida llena de autos que al deslumbrarme me hacen recordarla junto con aquellas palabras del tío Roberto sobre cómo el universo juega con nosotros. Ahora veo que para bien o para mal, pero siempre lo hace y supongo que lo que es bueno para unos, es malo para otros.

Ahora sólo queda una pregunta, y es la de si mi amigo aun escribirá una canción de ella como había prometido, y si es así, me pregunto de qué hablará la letra.